

"Hay que escribir grandes mentiras mágicas que propicien el advenimiento de nuevas y más altas verdades"
(Sender).

TODO lo que quiera saber de mi vida está escrito en sesenta y cinco volúmenes. Todos los autores son autobiográficos. Tolstoi lo era; Dostoyevsky, también, y Cervantes, lo mismo. Don Quijote es su propia imagen, su propia frustración de idealista de la vida". Esto es lo que, de entrada, le dijo Sender a Angel Leiva, cuando éste, no hace mucho, quiso entrevistarle en Nueva York (1).

Años atrás, dialogando en Washington con el profesor Marcelino C. Peñuelas —quien resumiría después aquellos encuentros en el precioso libro *Conversaciones con Sender* (2)—, afirmaba lo mismo: "El autor está en todos sus personajes. Todos tienen una parte del poco o mucho sentido vital que tenga el autor, en una dirección parecida. Por eso, cuando se dice que el personaje central de cierta novela representa al autor... Sí, el personaje central, los auxiliares, sus sobrinas y su abuela. Porque cada uno de nosotros es una suma de generaciones y de multitudes. Contando hacia atrás nuestros abuelos antes del siglo I tenemos tres mil millones de parientes consanguíneos. Y todas esas multitudes y generaciones que han vivido antes de nosotros las hacemos vivir luego en nuestra obra".

Quien conozca medianamente la obra del novelista aragonés sabe hasta qué punto su vida se halla dentro de la misma. Es más, sentirá la tentación de aplicarle lo que Stendhal decía de Byron: "Lord Byron no supo nunca pintar más que un hombre: él mismo", juicio que tan sólo en apariencia puede ser peyorativo.

Esta vida —la vida de Ramón J. Sender— ha sido y es una pura inquietud fraguada en la preocupación social y la necesidad de penetrar en el misterio del hombre. De ahí que también sus novelas oscilen entre el realismo y la metafísica, entre la crónica vital y el ansia constante de romper el cerco de su propio enigma.

Ambos factores —compromiso social y búsqueda del sentido existencial del hombre— se entrecruzan siempre, con predominio alternativo, en las novelas de Sender, dentro de una estructura formal que nos recordaría los retablos barrocos.

Aun cuando haya elegido la vía realista (*Imán*, *Epitalamio del prieto Trinidad*, *Requiem por un campesino español*, *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre...*), realizará fulgurantes escapadas hacia lo trascendente. Y, al contrario, si emprende un empeño filosófico (*La esfera*) o se adentra en las nieblas de la alegoría (*La noche de las cien cabezas*), nos ha

(1) "Informaciones de las Artes y las Letras". Madrid, 28-6-79.

(2) Editorial Novelas y Cuentos. Madrid, 1970.



Ramón J. Sender

"LA MIRADA INMOVIL"

BERNARDO DE ARRIZABALAGA

de hacer volver, en súbito regreso, al más crudo y despiadado realismo.

En el fiel de esta pugna hallaremos siempre al hombre: inscrito en la historia, formando parte de una sociedad contradictoria y, sin embargo, irremediamente solo ante su insondable misterio personal.

De ninguna manera puede, pues, sorprender el hecho de que, en la cúspide de sus setenta y ocho años, tras de pasarse la vida golpeando con la pluma contra los calderonianos muros de una prisión donde la vida se funde con el sueño, tratando de salir como sea, ora por las alturas de lo místico, ora por el túnel excavado en una tierra ensangrentada, haya aunado todos los procedimientos de fuga hacia la luz ensayados por él hasta la fecha.

Tal nos parece su última novela, *La mirada inmóvil*, que la editorial Argos Vergara nos presenta, dentro de su ciclo "Las Cuatro Estaciones", para la de este vera-

no: un nuevo —¡ojalá no sea el último!— intento de ir hacia la luz, intento que, sin embargo, termina, una vez más, con la tácita confesión de que la inteligencia humana es un camino impracticable.

Al final de este alucinante relato, en el que se fusionan lo onírico, lo real, el psicoanálisis, el ensayo, la historia y hasta la ciencia-ficción, su protagonista, Agamenón, quedará, como un moderno Segismundo, dentro de su propia cárcel, mientras contempla a través de los barrotes, fuera, en el lado de la luz, la mirada inmóvil del Bobo de Coria. "La luz mía —dirá— tiene todos los matices del arco iris. La del enano es una luz negra. El no lo dice, pero se advierte en sus ojos. Y la verdad es que el universo entero es negro y que el infinito es negro y que las estrellas más potentes, las supernovas, a fuerza de ser sí mismas y de integrarse y concentrarse en la gloria de su propia densidad estallan y desaparecen y en su lugar se ve un hoyo negro que da paso a otro universo en el cual también la 'luz' es infinitamente negra. Tal vez esa era la luz del enano".

Sorprenderá al lector, sobre todo, la complejidad del protagonista, Agamenón. Tendencias opuestas, "personalidades" contradictorias, que conviven dentro de un mismo hombre —en paz o en guerra—, aquí se separan, se desdoblan en trasuntos —"coduencosmas" les llama Sender—, erigidos en personajes autónomos, subpersonajes con vida propia...

Imposible resumir el largo viaje de *La mirada inmóvil*, desde la moderna clínica donde Agamenón es operado hasta la surrealista taberna en la frontera gringochicana. Pasamos, entre otros inesperados escenarios, por la guerra de Marruecos, en la que intervino uno de los coduencosmas de Agamenón, quien ahora se declara responsable del desastre de Annual.

Por volcarlo todo en la novela, Sender, aparte de la acción, de un cúmulo de reflexiones desesperadas sobre la vida, la enfermedad, la muerte, la "civilización", el amor, el sexo, el más allá..., vierte también —y en esto nos recuerda al delicioso Baroja de *Desde la última vuelta del camino*— todos los malos humores acumulados en su larga vida. A este respecto, el lector ha de disfrutar, sin duda, descifrando las claves que disimulan más de un nombre conocido de las artes, las letras, las ciencias o la política, sin que llegue a saber jamás cuál de los tres coduencosmas de Agamenón se encarga de prestarle su ronca voz a Ramón J. Sender.

No podríamos terminar este breve comentario sin sumarnos al homenaje, repetido, más o menos velado, pero siempre admirable, que el autor prodiga a su primera esposa, fusilada por "los nacionales" en Zamora al comienzo de la guerra civil: "Esa había sido Ella. Ya no vivía, porque la mataron en plena juventud". ■